**El Dalai Lama y la nueva genética**

**Lilia América Albert**

En el boletín Noticias del Tíbet, de febrero-marzo pasado, se publicó el artículo del Dalai Lama “La ética y la nueva genética”. La claridad de su posición en este asunto rebasa las posiciones científicas con las que se ha estado tratando de enfrentar la presión ejercida por Monsanto y otras grandes empresas para introducir en todo el mundo sus semillas modificadas genéticamente y da una nueva dimensión al problema.

Cualquier descubrimiento científico que abre nuevas perspectivas comerciales atrae enorme interés y grandes inversiones de los sectores público y privado; en el caso de la nueva genética, el volumen de los conocimientos científicos acumulados hasta el momento y el alcance de las posibilidades tecnológicas son enormes al igual que el interés económico en ellos.

Justamente es este gran volumen de conocimientos y el poder sin precedentes que otorga a quien los controle lo que nos obliga a recordar que cuanto mayores son nuestros conocimientos y poder mayor debe ser nuestro sentido de responsabilidad.

Al respecto, el Dalai Lama menciona que, frente a los beneficios inmediatos y evidentes de la introducción de alimentos modificados genéticamente, por ejemplo, frutas con mayor tiempo de duración después de la cosecha, trigo y otros cereales inmunes a muchas plagas, es importante recordar que ignoramos cuáles serán, a largo plazo, los efectos negativos de estos cambios y que, mientras no conozcamos estos efectos, no podremos decidir entre lo que es verdaderamente útil para la humanidad y lo que es solamente una ventaja comercial transitoria para algunas empresas.

Continúa recordando que los cambios genéticos en la naturaleza se han producido lentamente, a lo largo de centenares de miles de años de evolución natural y que, con la manipulación activa de los genes, se está imponiendo un ritmo anormalmente rápido a los cambios en plantas, animales y en nuestra propia especie, con consecuencias que desconocemos, pero pueden ser terribles.

Por lo tanto, el Dalai Lama destaca que, más que con los aspectos científicos del asunto, las preguntas más urgentes tienen que ver con la ética para aplicar correctamente nuevos conocimientos como la clonación, el desciframiento del código genético y la aplicación de estos avances a cada vez más nuevas situaciones y el poder que pueden dar a quien los maneja. Es decir, básicamente se trata del equilibrio entre conocimientos y poder por un lado y, responsabilidad, por otro.

La ética humana se fundamenta en el claro reconocimiento de que, ante un aumento del conocimiento y del poder, debe haber una mayor responsabilidad. Hasta hace poco, este principio funcionaba muy bien, porque la capacidad humana de razonamiento moral estaba acorde con el ritmo del desarrollo de los conocimientos científicos y, ante cada nuevo conocimiento, era posible evaluar si había equilibrio entre el poder que podía otorgar y la responsabilidad asociada con el ejercicio de dicho poder.

Sin embargo, con el advenimiento de la nueva ciencia genética, se ha ampliado enormemente la brecha entre el ritmo del razonamiento moral y la velocidad de los cambios, ya que el aumento de los conocimientos y las posibilidades tecnológicas que surgen de esta nueva ciencia son tales que es casi imposible que el pensamiento ético siga el ritmo de los cambios, sin contar con que muchos de los avances tienen que ver con los cálculos financieros de las empresas y con las previsiones políticas y económicas de los gobiernos más que con nuevos descubrimientos.

Por lo tanto, no se trata de si decidimos ampliar nuestros conocimientos y explorar su potencial tecnológico o no debemos hacerlo, sino de cómo emplear de modo éticamente responsable estos conocimientos y el poder asociado con ellos.

El Dalai Lama afirma que, en este tema, hay algunas cuestiones clave que deberían considerar todas las personas informadas del mundo y que se deberían establecer algunos principios generales en relación con estos desafíos éticos; por ejemplo, en el caso de los alimentos modificados genéticamente, debería empezarse por decidir si en verdad los necesitamos para alimentar a la población mundial en aumento, ya que los científicos bien informados sugieren que este argumento no una pantalla tras la que se esconden motivaciones primordialmente comerciales, por ejemplo, que los alimentos duren más desde la cosecha hasta ser vendidos, que puedan ser exportados a grandes distancias sin deterioro, que mantengan un aspecto atractivo o que no puedan producir su propia semilla y los campesinos deban comprarla periódicamente a la empresas que la hayan diseñado.

Si esto es así, estas prácticas deben cuestionarse seriamente y es responsabilidad de la industria biotecnológica demostrar que no habrá consecuencias negativas a largo plazo a causa del consumo de alimentos modificados genéticamente, en lugar de continuar afirmando que no hay de qué preocuparse porque no existen pruebas de estos riesgos.

Por el ritmo acelerado del desarrollo de la genética moderna es urgente afinar nuestra capacidad de razonamiento moral para enfrentar los desafíos éticos que plantea la nueva situación. No podemos esperar que las respuestas surjan por sí misma y es necesario abordar de forma directa los posibles problemas y afrontar este desafío ético como miembros de la gran familia humana y no como parte de un grupo religioso, de una nacionalidad o desde la perspectiva de ideales como la libertad individual y la justicia, ya que estos cambios se deben examinar a la luz de una ética global, basada en el reconocimiento de valores humanos esenciales que están más allá de la ciencia, la religión y la política.

Por lo tanto, para el desarrollo de una estrategia en relación con la nueva génetica es de importancia vital reflexionar dentro de un contexto lo más amplio posible, recordando que es un campo muy nuevo, con posibilidades nunca vistas de las cuales entendemos poco.

Las preocupaciones actuales sobre la genética centradas en los resultados inmediatos y las posibles consecuencias para la libertad individual son válidas, pero no son suficientes; su enfoque es demasiado estrecho tomando en cuenta que lo que está en juego es la concepción misma de la naturaleza humana y que el destino de nuestra especie y, tal vez, de todas las formas de vida en el planeta está en nuestras manos. Ante lo desconocido, es válido preguntarse qué sería mejor, pecar de precavidos o permitir que el curso de la evolución se desvíe hacia una dirección aún desconocida, pero potencialmente dañina.

En resumen, en primer lugar, la respuesta ética debe revisar las motivaciones de quienes apoyan los cambios y asegurarnos que se fundamenten en la compasión y no en el lucro; enseguida, situar el tema en la perspectiva más amplia posible tomando en cuenta las posibles consecuencias negativas a corto y largo plazo. En tercer lugar, reconocer los límites colectivos y personales de nuestros conocimientos y la posibilidad de equivocarnos en el contexto de esta realidad que cambia tan vertiginosamente.

Sobre todo, los científicos y la sociedad en general debemos asegurarnos que cualquier nuevo curso de acción obedecerá al objetivo primordial del bienestar de la humanidad y del planeta bajo una conciencia mucho más crítica de lo que hacemos y por qué lo hacemos. Cuanto antes reconozcamos esta responsabilidad, más eficaz será nuestra prevención de las consecuencias indeseables de los cambios asociados con la nueva genética, entre ellos, los alimentos transgénicos.

Debemos agradecer al Dalai Lama que haya puesto en claro estos puntos éticos que deben ser la base para evaluar los nuevos conocimientos desde el punto de vista de nuestra responsabilidad con el planeta y la vida en él.